

# Cas Mudde

La ultraderecha hoy



# Cas Mudde

## La ultraderecha hoy

Traducción de Albino Santos Mosquera

**PAIDÓS Estado y Sociedad**

Título original: *The Far Right Today*, de Cas Mudde  
Esta edición ha sido publicada por acuerdo con Polity Press Ltd., Cambridge

1.<sup>a</sup> edición, febrero de 2021

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© Cas Mudde, 2019

© de la traducción, Albino Santos Mosquera, 2021

© de todas las ediciones en castellano,

Editorial Planeta, S.A., 2021

Paidós es un sello editorial de Editorial Planeta, S.A.

Avda. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona, España

[www.paidos.com](http://www.paidos.com)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

ISBN 978-84-493-3783-3

Fotocomposición: Realización Planeta

Depósito legal: B. 227-2021

Impresión y encuadernación en Limpergraf, S. L.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

Impreso en España – *Printed in Spain*

# SUMARIO

---

Abreviaturas . . . . .	9
Prefacio a la edición española . . . . .	11
Introducción . . . . .	17
1. Historia . . . . .	27
2. Ideología . . . . .	45
3. Organización . . . . .	75
4. Personas . . . . .	101
5. Actividades . . . . .	113
6. Causas . . . . .	133
7. Consecuencias. . . . .	153
8. Respuestas . . . . .	173
9. Género . . . . .	195
10. Doce tesis sobre la cuarta ola . . . . .	215
<i>Cronología . . . . .</i>	<i>237</i>
<i>Glosario . . . . .</i>	<i>245</i>
<i>Lecturas adicionales. . . . .</i>	<i>249</i>
<i>Agradecimientos . . . . .</i>	<i>257</i>
<i>Notas. . . . .</i>	<i>259</i>
<i>Índice onomástico y de materias . . . . .</i>	<i>263</i>

## HISTORIA

---

En 1945, el mundo comenzaba a recuperarse de la segunda guerra mundial en treinta años. Se calcula que en ella murieron entre 75 y 85 millones de personas, y aún fueron muchas más las que resultaron heridas de gravedad. Europa estaba en ruinas. La Alemania nazi y la Unión Soviética se habían llevado la peor parte de la destrucción ocasionada por la guerra, pero casi todos los países europeos estaban seriamente afectados tras años de colaboracionismo, devastación y ocupación. Millones de miembros de minorías habían perecido en los campos nazis de concentración y exterminio: sobre todo judíos, pero también *rom* y *sinti* (gitanos), homosexuales y comunistas.

El continente europeo apenas se estaba recuperando de la división entre fascistas y antifascistas cuando ya se estaba produciendo otra división, ahora entre comunistas y anticomunistas. La guerra fría separó Europa en dos mitades: un Occidente capitalista y (mayormente) democrático y un Este socialista y autoritario. Esta división era ya anterior incluso a la segunda guerra mundial y ambas mitades solo se habían unido temporalmente frente a la amenaza común del fascismo, pues el antifascismo era uno de los pocos valores que comunistas y demócratas liberales compartían (a pesar del cínico pacto que Hitler y Stalin mantuvieron entre 1939 y 1941). Sin embargo, desde el momento mismo en que el fascismo fue destruido, ambos bandos volvieron a convertirse en enemigos mortales.

De todos modos, el consenso antifascista logró sobrevivir a la guerra fría, aunque con diferencias nacionales y regionales fundamentales en cuanto a cómo los diversos países trataron con la ultraderecha en la era de la posguerra. En los Estados comunistas se prohibieron todas las ideas y los movimientos «fascistas» dentro de la ilegalización general de todas las ideas y los movimientos no comunistas. La mayoría de los colaboracionistas y fascistas europeos orientales murieron en la guerra y en la represión posterior, o lograron huir (principalmente) hacia América, donde se integraron en comunidades de expatriados anticomunistas, que a menudo abogaban por ideas muy derechistas.

Si bien la mayoría de las democracias occidentales también pasaron por un breve periodo de represión (en parte extrajudicial y violenta) contra los fascistas y colaboracionistas locales —sobre todo en aquellos países que habían sido ocupados por la Alemania nazi—, muchas instituyeron unas restricciones legales más ambivalentes a las ideas y los movimientos ultraderechistas. Aquellos países que no habían sido objeto de ocupación, como el Reino Unido y Estados Unidos, prácticamente no introdujeron restricción alguna en ese sentido; hubo otros, sin embargo (y cabe destacar especialmente a Alemania e Italia), donde las ideas y los movimientos «neofascistas» quedaron oficialmente prohibidos (véase el capítulo 8). Pese a las diferencias de sistemas legales y de presiones sociales, la lección general que se extrajo de la segunda guerra mundial fue la del «nunca más». Ese también fue un sentir fundamental dentro del proceso de integración europea, dirigido a integrar las economías nacionales y a crear una soberanía compartida que sirviera de baluarte contra el nacionalismo.

## TRES OLAS DE ULTRADERECHA DE POSGUERRA, 1945-2000

En 1988, el politólogo alemán Klaus von Beyme<sup>1</sup> distinguió tres olas de ultraderecha política en la Europa occidental de posguerra. Aunque las características y los periodos temporales exactos de cada una de ellas siguen siendo objeto de cierto debate, su modelo continúa siendo válido para proporcionarnos, cuando menos, un esquema aproximado de cuál fue la evolución (y la desigual fortuna) de la ultraderecha en la segunda mitad del siglo xx.

### Neofascismo, 1945-1955

En los años inmediatamente posteriores a la derrota del fascismo, la política ultraderechista tendió más a mirar hacia el pasado que hacia el futuro. Como casi todos los activistas y las formaciones de ultraderecha habían colaborado con los fascistas durante la guerra, las ideas políticas ultraderechistas despertaban el rechazo casi universal del resto de actores políticos, y en algunos países, como Alemania y los Países Bajos, esa percepción negativa se hacía extensiva a todos los nacionalismos. La mayoría de los europeos que, o bien habían apoyado ideológicamente a los regímenes fascistas, o bien habían colaborado de manera oportunista con ellos, se adaptaron a la nueva realidad democrática haciéndose apolíticos o trabajando dentro del marco de los partidos y el sistema democráticos.

El pequeño grupo de fascistas que se mantuvieron leales a la causa y que no estaban en prisión (porque nunca los encarcelaron o porque ya habían sido excarcelados) pasaron a actuar fundamentalmente en los márgenes de la sociedad. Se los denominó

«neofascistas», pero de «nuevos» tenían bien poco. Eran los antiguos fascistas que se mantenían leales a la vieja ideología, aunque actuaban principalmente en el seno de colectivos y asociaciones que proporcionaban camaradería y apoyo social a los «héroes» y «mártires» de la causa fascista. Entre los grupos más importantes de ese tipo, estaban los que prestaban apoyo a antiguos combatientes del frente oriental (miembros de las *Waffen-SS*, sobre todo) y a sus familias, como el Fondo Saint-Martin (en Bélgica) y la Mutualidad de Antiguos Soldados de las *Waffen-SS* (en Alemania): a fin de cuentas, millones de niños, niñas y esposas habían perdido a sus padres y maridos y se habían quedado sin derecho a cobrar una pensión del Estado porque sus países los consideraban unos traidores.

Los (neo)fascistas que, a pesar de todo, querían mantenerse activos en política, se enfrentaban a un clima legal y político hostil. Incluso si tenían la prevención de no presentarse como abiertamente neofascistas, las organizaciones de ultraderecha lideradas por antiguos fascistas (de alto rango) rara vez cosechaban un apoyo popular mínimamente apreciable y, en cambio, sí eran objeto a menudo de una significativa represión estatal. La mayoría de los partidos políticos de ese signo no concurrían a las elecciones y, cuando lo hacían, quedaban lejos de superar el umbral de votos mínimo para obtener representación parlamentaria. Varios partidos (neo)fascistas fueron prohibidos en la década de los cincuenta, entre ellos, el Partido Socialista del Reich (SRP) en Alemania en 1952, y el Movimiento Social Europeo Nacional en los Países Bajos en 1956.

La principal excepción fue el Movimiento Social Italiano (MSI), que, bajo la dirección de un antiguo alto cargo del gobierno fascista, Giorgio Almirante, poco se esforzó por disimular sus credenciales ultraderechistas (se decía que sus siglas significaban en realidad «*Mussolini Sei Immortale*» [«Mussolini, eres inmortal»]).

Aunque la nueva Constitución italiana proclamaba explícitamente que «está prohibido reorganizar, bajo forma alguna, el disuelto Partido Fascista», el MSI entró en el Parlamento nacional en 1948 y nunca dejó de tener representación en él hasta su posterior transformación en la «posfascista» Alianza Nacional en 1995. Llegó incluso a prestar apoyo parlamentario al efímero Gobierno Tambroni de 1960.

Fuera de Europa, las ideas neofascistas estuvieron a menudo representadas por organizaciones de expatriados de la Europa oriental constituidas en América y Australia. Estas se vieron reforzadas por la llegada de antiguos activistas y políticos fascistas, sobre todo de los regímenes colaboracionistas de Croacia, Hungría y Eslovaquia, al término de la segunda guerra mundial. En América Latina se formaron también algunos grupos (de mayor o menor relevancia) muy influidos por los regímenes ultraderechistas del Estado Novo de António de Oliveira Salazar en Portugal y, sobre todo, de la Falange de Francisco Franco en España.

Tratando de librarse de la marginación de que eran objeto en sus países de origen, algunos líderes fascistas intentaron organizarse a escala internacional. Su iniciativa más famosa fue el Movimiento Social Europeo (MSE), inspirado por el éxito del MSI, y que fue fundado en un congreso celebrado en Malmö (Suecia) en 1951. Pero, aunque reunió a los más conocidos activistas ultraderechistas del momento, así como a representantes de los partidos de ultraderecha más relevantes (entre ellos, del MSI y del SRP), el MSE no pasó de ser marginal en su corto periodo de vida, y estaba ya moribundo en 1957. Lo mismo puede decirse de todos los demás intentos de colaboración en la ultraderecha, incluidas las iniciativas varias de desarrollo de un nacionalismo europeo impulsadas por figuras como el fascista británico Oswald Mosley (también implicado en el MSE) y el abogado y polemista estadounidense Francis Parker Yockey, fundador del ambicioso

(aunque solo de nombre) Frente de Liberación Europeo, que solamente duró de 1949 a 1954.

### Populismo de derecha, 1955-1980

Después de eso, continuó habiendo pequeños grupos neofascistas en los márgenes de las sociedades occidentales, pero lo que destacó en las décadas siguientes fue el auge de una variante distinta de partidos y políticos populistas de derecha que se definían a sí mismos por oposición a la élite de la posguerra, más que por su fidelidad a una ideología y un régimen derrotados. Aunque es cierto que algunos antiguos fascistas habían tenido un papel protagonista en muchos de esos partidos, estas formaciones no eran neofascistas ni por ideología ni por el origen de sus dirigentes y militantes. Antes de nada, representaban una forma de revuelta contra las condiciones de vida de la posguerra y, en especial, contra la marginación de las periferias rurales y el desarrollo del Estado del bienestar.

Aunque había habido algunos partidos populistas de derecha ya anteriormente, como el Partido Agrícola Nacional de Irlanda o el Frente del Hombre Común en Italia durante los años cuarenta, el movimiento arquetípico de esta ola fue la Unión de Defensa de Comerciantes y Artesanos, más conocido como poujadismo por su líder, Pierre Poujade. El poujadismo incluía algunos rasgos propios del fascismo, como el fuerte acento en la figura del líder y un estridente antiparlamentarismo —Poujade llegó a decir de la Asamblea Nacional francesa que era «el burdel más grande de París»—, pero no era abiertamente antidemocrático. Y se convirtió en un movimiento de masas casi de la noche a la mañana, hasta sumar unos cuatrocientos mil miembros en 1955 y conquistar cincuenta y dos escaños en las elecciones de 1956 bajo la candida-

tura de la Unión y Fraternidad Francesa. Después de que el general Charles de Gaulle fundó la Quinta República en 1958, los poujadistas no tardaron en desaparecer de la política francesa, aunque dejarían en ella un importante legado: Jean-Marie Le Pen había sido líder de las juventudes poujadistas y había sido elegido parlamentario en 1956, el más joven de la historia de la posguerra francesa (un hito que repetiría su nieta, Marion Maréchal-Le Pen, en 2012).

Hubo otros partidos populistas rurales parecidos que siguieron el modelo de los poujadistas; destacó entre ellos el Partido de los Agricultores neerlandés. Pero el perfil de los partidos populistas de derecha más importantes surgidos en la segunda ola fue otro. En 1973, el Partido del Progreso provocó un seísmo en el orden político danés al cosechar un 15,9 % de los votos en la primera cita electoral a la que se presentaba (la formación había sido fundada el año anterior por el singular abogado y personalidad televisiva Mogens Glistrup). También en 1973, un partido similar, que en aquel entonces se denominaba Partido de Anders Lange para una Reducción Drástica de los Impuestos, las Tasas y la Intervención Pública (y en 1977 sería rebautizado como Partido del Progreso), obtuvo un modesto 5 % del voto nacional en Noruega. De todos modos, la categoría en la que mejor cuadraban ambos Partidos del Progreso era la de los «populistas neoliberales» que cargaban contra la fiscalidad elevada y el fuerte peso del sector público en la economía: el partido danés proponía suprimir completamente el gasto en defensa y presentaba su política en ese terreno con la imagen de un mensaje de contestador automático que decía «nos rendimos» en ruso.

También se fundaron algunos partidos de ultraderecha nuevos que eran híbridos, es decir, combinaciones de la vieja extrema derecha (neofascista en muchos casos) y de nuevas ideas y personas de la derecha radical. La primera de esas formaciones tal vez

fue la suiza Acción Nacional por el Pueblo y la Nación, fundada en 1961, pero la más importante y la que más ha durado ha sido el Partido Nacionaldemócrata de Alemania (NPD), creado en 1964. Aunque fundado por antiguos altos cargos nazis, el NPD se centró principalmente en temas propios del periodo de posguerra, como la que se demostraría como cuestión más importante para el futuro: la de la inmigración de origen no europeo. Asimismo, el Frente Nacional británico (NF), un partido abiertamente racista, nacido de la fusión de otras formaciones más pequeñas en 1967, logró cierto impacto en el ámbito local a finales de la década de los setenta al movilizarse con lemas como «Alto a la inmigración» o «Hagamos Gran Bretaña grande de nuevo».

En Estados Unidos, el populismo de derecha actuó sobre todo dentro del marco (más amplio) del movimiento anticomunista, cuyos representantes más (tristemente) famosos fueron la Sociedad Birch y el senador Joseph McCarthy. Reapareció, con nuevos bríos, durante la campaña del senador republicano Barry Goldwater para las presidenciales, que, aunque desastrosa desde el punto de vista de los resultados electorales, sirvió de germen para una nueva subcultura conservadora, más radical. El movimiento de derecha radical más significativo, no obstante, fue la candidatura a las presidenciales de 1968 del gobernador de Alabama George Wallace por el Partido Independiente Americano. Con un programa electoral explícitamente racista y haciendo una defensa vehemente de la segregación racial, Wallace consiguió incluso vencer en algún estado (concretamente, en cinco, situados todos en el antiguo Sur confederado), el único candidato de un tercer partido a unas presidenciales estadounidenses que lo ha logrado desde la segunda guerra mundial. Su campaña formaba parte de un frente de oposición racista más general a la desegregación en los antiguos estados confederados, en el que también estaban el polémico Ku Klux Klan (KKK) —que había tenido

dos periodos de florecimiento previos, a finales de la década de 1860 y en la década de 1920, y que, en esta ya su tercera generación, durante los años sesenta del siglo xx, volvió a crecer hasta sumar unos cincuenta mil miembros— y el Citizens' Council («Consejo de Ciudadanos»), de apariencia más respetable, cuyo número de afiliados llegó a estimarse en torno a los doscientos cincuenta mil.

### Derecha radical, 1980-2000

La primera ola significativa de política ultraderechista en Europa occidental se inició a comienzos de los años ochenta, aunque no cobraría verdadero impulso hasta la década de los noventa. Alimentada por el desempleo y la inmigración masiva, aunque con un efecto retardado de casi una década de demora, la entrada de los partidos de derecha radical en los Parlamentos nacionales fue un proceso paulatino que, de todos modos, fue siguiendo una progresión constante. El primero fue el Vlaams Blok (VB, «Bloque Flamenco»), que entró en el Parlamento belga en forma de alianza electoral en 1978. Siguió el Partido del Centro en los Países Bajos en 1982. Ambas formaciones lograron un apoyo modesto, de en torno al 1 %, que, aun así (y gracias a la elevada proporcionalidad de los sistemas electorales de ambos países), se tradujo en un escaño en cada caso. En 1986, el FN francés, que había sido fundado catorce años antes y, hasta aquel momento, se había presentado a las elecciones nacionales sin éxito, aprovechó una modificación en el sistema electoral para traducir su 9,6 % de votos en treinta y cinco escaños en el Parlamento. Dos años después, Francia volvió a enmendar su sistema electoral y recuperó el «mayoritarismo», y la maniobra obró el efecto deseado: el FN cosechó idéntico porcentaje del voto popular, pero ni un solo escaño.

Además de los diversos partidos nuevos de derecha radical, como Los Republicanos en Alemania y los Demócratas de Suecia (SD), la tercera ola alcanzó también a antiguos partidos tradicionales, como el FPÖ en Austria y el Partido Popular Suizo (SVP), que se transformaron en partidos de derecha radical populista bajo el impulso de nuevos dirigentes (oficiales u oficiosos): Jörg Haider y Christoph Blocher, respectivamente. Todas estas formaciones demostraron ser mucho más duraderas que los partidos ultraderechistas anteriores y, salvo algunas excepciones, continúan siendo relevantes en la actualidad.

Tras la caída del comunismo en 1989, la ultraderecha surgió también en varios países poscomunistas, aunque inicialmente lo hizo bajo unas formas más específicamente regionales. Entre esos partidos estuvieron el Partido Croata de los Derechos y el Partido Nacional Eslovaco (SNS), cuyas ideologías (e incluso algunas de sus figuras) se remontaban a los partidos fascistas de los años treinta y cuarenta; pero también hubo formaciones que fusionaron elementos de ultraderecha con cierta nostalgia del comunismo, como el Partido de la Gran Rumanía. Al mismo tiempo, varios políticos ultraderechistas salieron elegidos en listas de partidos que no eran propiamente de ultraderecha, como el Partido Socialista búlgaro, el Partido Comunista de la Federación Rusa y la Acción Electoral de Solidaridad en Polonia.

Al llegar el cambio de siglo, la derecha radical populista se había convertido ya en la ideología dominante en la ultraderecha europea. Aunque existían diferencias nacionales y regionales —por ejemplo, la oposición a la inmigración no europea era menos importante en el este de Europa, mientras que la oposición a los gitanos era un tema prácticamente ausente en el oeste—, casi todos los partidos ultraderechistas relevantes aunaban el nativismo, el autoritarismo y el populismo (véase el capítulo 2). Criticaban a los inmigrantes y/o a las minorías autóctonas, así como a la

élite europea y la nacional, al tiempo que se presentaban a sí mismos como la voz popular que decía lo que el pueblo piensa.

Solo unos pocos partidos de la derecha radical populista concurrían a las elecciones en los años ochenta, en las que obtenían una media de apenas un 2,3 % de los votos en aquellos países en los que participaban (y un 1,1 % sobre el total de Europa). Sin embargo, en los años noventa, la mayoría de los países europeos tenían ya al menos un partido de ultraderecha que se presentaba a las elecciones y su porcentaje medio de votos era del 4,4 % (véase la tabla de más abajo). Las diferencias entre la Europa del Este y la occidental eran significativamente menores de lo que, en general, se suponía, si bien el porcentaje más alto en la Europa oriental era muy superior al más elevado en la occidental: un 45,2 % en Croacia, frente a un 26,9 % en Suiza.

Aunque la volatilidad electoral y organizativa era elevada, y los partidos surgían y desaparecían con rapidez (sobre todo, en los muy inestables sistemas de partidos de la Europa oriental), varias formaciones de derecha radical populista comenzaron a afianzarse en unos cuantos sistemas políticos nacionales en la década de los noventa. Por ejemplo, el FN, la LN y el VB se convirtieron todos en presencias fijas en los sistemas de partidos de sus respectivos países, aun cuando no dejaran de ser, en su mayor parte, grupos políticos antisistema y excluidos de las instituciones nacionales de gobierno. No obstante, debido a su todavía limitado éxito electoral y a sus diferencias ideológicas, personales y tácticas, la ultraderecha europea no fue capaz de unir fuerzas a escala transnacional. Los grupos políticos de ese signo que se formaron en el Parlamento Europeo tendieron a incluir solamente a unos pocos de esos partidos, y tuvieron en general una vida muy corta por culpa de los desacuerdos, tanto dentro de cada uno de ellos como entre sí (véase el capítulo 3).

### Promedio de voto de los partidos de ultraderecha en las elecciones generales al Parlamento nacional de Estados miembros de la UE, 1980-2018 (por década)

Años	Promedio de voto (%)	N.º de países	N.º de partidos
1980-9	1,1	17	8
1990-9	4,4	28	24
2000-9	4,7	28	24
2010-18	7,5	28	34

Nota: Los promedios de la tabla están basados en los veintiocho países que eran miembros de la Unión Europea en 2018. El dato para los años ochenta corresponde únicamente a Estados europeos occidentales, pues la Europa del Este continuaba por entonces bajo el yugo comunista.

Fuente: Parl.gov.

Fuera de Europa, los partidos de ultraderecha comenzaron también a ser actores importantes en el fragmentado sistema de partidos israelí, con formaciones como Moledet («Patria») y Tkuma («Resurrección»), que entraron en el Parlamento formando parte de la alianza electoral Unión Nacional en 1999. Y si bien el partido neofascista Kach del rabino Meir Kahane, así como la formación que lo sucedió («Kahane Vive»), fueron prohibidos por el Estado en 1994, el kahanismo terminaría convirtiéndose en la corriente dominante en la ultraderecha israelí en la cuarta ola. En Sudáfrica, organizaciones abiertamente racistas como el Movimiento de Resistencia Afrikáner perdieron apoyo al terminar el régimen del *apartheid* en 1994 y se sumergieron en una espiral creciente de violencia política.

La existencia de grupos ultraderechistas en Estados Unidos era

meramente marginal, aun cuando algunos políticos de esa tendencia se esforzaban por reunir una base de apoyo estable dentro del Partido Republicano: ese fue el caso del exlíder («Gran Mago») del KKK David Duke y del periodista y político «paleoconservador» Patrick («Pat») Buchanan. En Australia, Pauline Hanson fue elegida como candidata independiente en 1996 después de que el Partido Liberal australiano le retirara su apoyo tras unos comentarios despectivos contra los aborígenes australianos. Al año siguiente, fundó su Partido Una Nación (ONP), que obtuvo algunos éxitos iniciales, pero también sufrió fuertes divisiones y pugnas internas. Mención especial merece el BJP, fundado en la India en 1980 sobre la base de los partidos Bharatiya Jana Sangh y Janata, y que no tardó en asediar al hasta entonces hegemónico Partido del Congreso.

### LA CUARTA OLA, 2000-...

En el siglo XXI, ha surgido una cuarta ola de la ultraderecha, beneficiada electoral y políticamente por tres «crisis»: los atentados terroristas del 11 de septiembre de 2001 (y otros posteriores), la Gran Recesión de 2008 y la «crisis de los refugiados» de 2015. Todas las democracias occidentales se han visto afectadas por estos hechos, aunque de maneras distintas, y ello ha sacudido con fuerza el *statu quo* político nacional e internacional, y ha dado pie a una oleada sin precedentes de protestas islamóforas y populistas.

Lo que caracteriza a esta cuarta ola y la diferencia de la tercera es la desmarginalización de la ultraderecha. Si, a partir de 1945, toda colaboración con (o cesión ante) la ultraderecha y sus reivindicaciones políticas se había considerado inaceptable, aunque con algunas excepciones notables a esa regla (como la Europa del Este en los años noventa y el Sur estadounidense en los sesenta), esto ya no es así hoy en día. En cada vez más países, los partidos y

políticos de derecha radical populista están pasando a ser considerados *koalitionsfähig* («aceptables como socios de coalición») por parte de los partidos tradicionales de derecha y, en ocasiones, incluso de los de izquierda. Además, hoy se debaten ideas propias de la derecha radical populista (e incluso alguna que otra típica de la extrema derecha) en círculos políticos y mediáticos convencionales y nada marginales, e incluso algunos partidos tradicionales adoptan ahora políticas de la derecha radical populista, aunque sea moderándolas (ligeramente).

Otra característica de la cuarta ola es la heterogeneidad de esta ultraderecha, apreciable incluso entre el subconjunto de aquellos de sus partidos políticos que triunfan electoralmente. Aunque su núcleo continúa estando formado por los protagonistas habituales —es decir, por partidos de derecha radical populista que nacieron fuera de los círculos políticos convencionales dominantes—, ahora se ven complementados por un variadísimo elenco de nuevos partidos de ultraderecha. Los más importantes son los partidos conservadores transformados, como la Alianza de Jóvenes Demócratas-Unión Cívica Húngara (Fidesz) y el polaco Ley y Justicia (PiS). Como hemos visto, en Europa occidental ya había habido partidos tradicionales que se habían transformado en formaciones de derecha radical, pero tanto el FPÖ como el SVP lo habían hecho estando en la oposición; Fidesz y PiS lo hicieron, sin embargo, estando ya en el gobierno. Más sorprendente aún ha sido la aparición de partidos de extrema derecha en los Parlamentos nacionales, como el neonazi Amanecer Dorado (XA) en Grecia o el Partido Popular-Nuestra Eslovaquia (L'SNS), rebautizado como Kotleba-Partido Popular «Nuestra Eslovaquia» en 2015 en honor a su líder, Marian Kotleba.

Incluso aunque limitáramos nuestro análisis a los partidos de derecha radical populista, es decir, a los protagonistas habituales, veríamos que se ha producido en ellos un cambio fundamental en

lo que llevamos del siglo XXI. Para empezar, la mayoría de estos partidos han visto incrementado su apoyo electoral de forma significativa. Los partidos ultraderechistas obtuvieron de media un 4,7 % del voto nacional en los diferentes países durante la primera década del siglo XXI, y un 7,5 % durante la segunda, contada aquí de 2010 a 2018 (véase la tabla de más arriba). En segundo lugar, los partidos de derecha radical populista se han abierto paso en países que anteriormente se habían resistido a aceptarlos, como Alemania y Suecia, o en los que habían tenido una presencia relativamente marginal, como Hungría y los Países Bajos. En tercer lugar, muchos partidos de la derecha radical populista se han situado entre los más votados de su país. De hecho, varias de esas formaciones son (o han sido en algún momento) las mayores de su Estado en votos o en apoyo en elecciones o sondeos nacionales, y entre ellas se incluyen el Partido Popular Danés (DF), Fidesz, el FN, PiS y el SVP.

Los partidos de la derecha radical también se han vuelto más relevantes en la formación de gobiernos. En primer y más destacado lugar, han sido cada vez más los partidos de ese tipo que han entrado en los consejos de ministros y por varias vías. Algunos, como Fidesz y PiS, han sido capaces de formar gobiernos en solitario, algo que solo la Unión Democrática Croata<sup>2</sup> había logrado hacer en la tercera ola. Otros se convirtieron en socios oficiales de gobiernos de coalición con partidos no ultraderechistas, como ocurrió con el FPÖ en Austria, la Unión Nacional Ataque en Bulgaria, la Concentración Popular Ortodoxa en Grecia y la LN en Italia. Por último, unos cuantos partidos prestaron su apoyo a gobiernos en minoría de partidos no ultraderechistas, generalmente a cambio de unas políticas más estrictas en materia de inmigración: ese ha sido el caso del DF en Dinamarca (en 2001-2011, pero también en 2016-2019) y el Partido por la Libertad (PVV) en los Países Bajos (en 2010-2012).

Y aunque la ultraderecha demostró ya tener poder para influir en la agenda política (*agenda setting*) durante la tercera ola y consiguió con ello que, en muchos países, se endureciera el discurso sobre la inmigración y los inmigrantes —aun cuando ese discurso apenas se trasladara a las políticas reales sobre el terreno—, esta traducción de las palabras a los hechos sí ha sido más apreciable durante la cuarta ola (véase el capítulo 7). Tras las tres «crisis» de principios del siglo XXI antes referidas, la política de la derecha radical se ha ido disociando de forma progresiva de los partidos de la derecha radical populista propiamente dicha. Ahora, muchos partidos (de derecha) adoptan un discurso nativista, autoritario y populista que incluye elementos como el euroescepticismo, la islamofobia y la oposición al «buenismo» y a la «corrección política». Desde el canciller austriaco Sebastian Kurz a su homóloga británica Theresa May, hoy son varios los políticos de partidos convencionales o tradicionales que hacen algo más que hablar con la boca pequeña de las propuestas políticas de la derecha radical populista y que están introduciendo de hecho políticas más estrictas en materia de inmigración, integración y terrorismo.

Y la relevancia de la ultraderecha tampoco se limita ya únicamente a Europa (si es que alguna vez ese fue realmente el caso). Actualmente, tres de los cinco mayores países del mundo tienen como jefe de gobierno elegido democráticamente a un líder de ultraderecha. En el caso de Jair Bolsonaro, en Brasil, y de Donald Trump, en Estados Unidos, ambos llegaron al poder encabezando listas de partidos no ultraderechistas. En la India, el primer ministro Narendra Modi es líder del BJP, el partido representante del muy arraigado y organizado movimiento *hindutva*, que abarca a grupos violentos y extremistas como la Organización de Voluntarios Nacionales (RSS), a la que Modi lleva afiliado desde los ocho años de edad. Y en Israel, el ya veterano primer ministro Benjamin Netanyahu ha ido aproximando la línea programática

de su partido, el derechista Likud, a la de sus varios socios ultraderechistas de coalición.

¿Fue el Tea Party un movimiento de derecha radical populista o un movimiento de derecha tradicional que englobaba a colectivos e individuos de derecha radical populista? ¿Es el Partido Republicano estadounidense (todavía) un partido derechista convencional liderado por un ultraderechista o ha conseguido ya Trump transformar el partido a su propia imagen y semejanza? ¿Dónde termina el Partido Conservador británico y dónde empiezan el Partido de la Independencia del Reino Unido (UKIP) o el Partido del Brexit? ¿Sigue habiendo alguna diferencia fundamental entre Fidesz y el Movimiento por una Hungría Mejor (Jobbik), el partido ultraderechista original en Hungría, que en estos últimos años ha presentado un programa electoral más moderado incluso que el del (oficialmente) «conservador» Fidesz? La desmarginación de la ultraderecha —en cuanto a su ideología, sus propuestas políticas y su organización— característica de la cuarta ola ha hecho que las fronteras entre la derecha radical y la tradicional o convencional —y, en algunos casos, la izquierda, como ha sucedido en la República Checa o en Dinamarca— se hayan vuelto cada vez más difíciles de establecer.